

Estudios Sociales
Vol. XXVIII, Número 100
Abril-Junio, 1995

LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRATICAS EN OCCIDENTE*

Marc Maesschalck y Jacques Berleur, s.j.**

Desde Aristóteles hasta Karl Popper¹ la democracia ha sido presentada con frecuencia por los filósofos como el mal menor en lo que al orden político se refiere. Esta constatación, que podemos catalogar al menos de pesimista, aporta pocas indicaciones sobre la realidad vivida de los sistemas llamados democráticos, tanto en lo que refiere a su desarrollo histórico como a su diversidad.² A los

* Traductor del francés: Jesús Zaglul, s.j.

** M. Maesschalck, filósofo, colaborador del instituto cultural "Karl Lévêque", Haití e investigador del FNRS, Bélgica. J. Berleur, profesor de filosofía y meta-informática en: Facultés Universitaires Nôtre-Dame de la Paix, Namur, Bélgica.

1. Cf. K. Popper, **La société ouverte et ses ennemis**, trad. por J. Bernard y Ph. Monod, 2 tomos, SEUIL, París, 1979. Ver también G. Bergeron, **Petit traité de l'Etat**, PUF, París 1990, y, en una perspectiva crítica, F. Bourricaud, **Le bricolage idéologique, Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques**, PUF, París, 1980.
2. La reconstitución de un "modelo común de ciudad" que "oriente el sentido ordinario de lo justo" ha sido intentado de un modo muy esclarecedor por Luc Boltanski y Laurent Thévenot en la obra **De la justification, Les économies de la grandeur** (Gallimard, París, 1991, pp. 96-103). Los autores establecen una serie de seis principios que serán priorizados de modo ascendente según el orden de su descubrimiento: humanidad común, des-semejanza, dignidad común, orden de crecimiento (grandeur), fórmula de inversión y bien común. Estos principios "dan cuenta de una humanidad confrontada a crecimientos desiguales, y evitando, sin embargo, la guerra civil" (pp.98 - 99).

marxistas les gustaba distinguir, siguiendo a su maestro de pensamiento, entre democracia formal y democracia real,³ entre la democracia en la cual el juridicismo encubre y legitima el poder del dinero y la democracia conquistada por el poder popular gracias a la lucha de clases. Hoy en día se tiende a considerar de modo más positivo la democracia formal. Ella constituiría el logro institucional necesario para cualquier realización posible de una democracia real.⁴ El acto de participar en un debate argumentado debería incluso considerarse como la marca específica de la humanidad dentro del orden cósmico.⁵ La naturaleza humana no estaría determinada, en efecto, por su inscripción en un orden metafísico,⁶ sino que ella se manifestaría a través de las normas comunes que se dan los humanos, gracias a procedimientos de decisión consensual, para garantizar su coexistencia.⁷ Mientras no ha sido instaurado en una sociedad un espacio de debate reglamentado para que sean escuchados los diferentes intereses presentes, ninguna norma de vida colectiva podría ser recibida⁸ y, por tanto, ningún progreso en

-
3. Cf. A. Heller, "Le passé, la présent et le futur de la démocratie", in **Marxisme et démocratie, Au-delà du "socialisme réel"**, Paris, 1981, pp. 221-242.
 4. Cf. J. Habermas, **Le discours philosophique de la modernité**, Gallimard, Paris, 1988, pp. 344-345.
 5. Cf. A. Renaut y L. Sosoe, **Philosophie du droit**, P.U.F., Paris, 1991, pp. 414 - 415.
 6. Cf. J-M Ferry, **Les puissances de l'expérience** (2 vols.) Cerf, Paris, vol. 2, p. 150: "Si el viejo concepto metafísico de libertad puede tener todavía algún sentido es particularmente con respecto a un arbitraje razonable entre motivos cuya contradicción apunta hacia opciones alternativas. La transformación de los motivos en razones es aquí el punto central. Desde el momento en que estos motivos, que son las intuiciones iniciales, son confrontados entre ellos al interior de un proceso de juicio, entonces, son examinados **bajo el aspecto** de buenas razones.
 7. Como apunta J-M. Ferry: "el punto es importante: no se trata simplemente de que el contenido semántico del derecho en su conjunto deba poder adecuarse a la idea de aquello que es justo desde un punto de vista moral, sea éste tan amplio como queramos; es el proceso pragmático de la justificación de disposiciones jurídicas el que debe presuponer el elemento moral del "respeto" que concedemos **volens** al argumento provisoriamente "mejor" o.c., vol.2, p.48)
 8. Cf. Habermas, **Morale et Communication**, Cerf, Paris, 1986, p. 86 - 87. Ver también M.R. Mejía, "Fisuras de la razón ilustrada", en **Estudios Sociales**, 26 (1992), No.91, pp. 5 a 20, pp.13 - 14.

el orden social sería posible. La forma democrática debería garantizar el desarrollo de un espíritu y de una práctica democráticas.

Tenemos sin duda demasiada inclinación a considerar la democracia y sus exigencias propias como un conjunto de ideas bien sabidas que los Estados occidentales encarnan permanentemente por medio de su funcionamiento institucional. Es corriente a este nivel el ver pura y simplemente como superpuestas las instituciones características del Estado moderno y la forma acabada del Estado democrático.⁹ La separación de poderes, el parlamentarismo, la constitución republicana, el derecho al voto y el principio de alternancia del poder serían los fundamentos del aparato democrático. Pero todas estas instituciones no forman todavía más que el decorado del espacio democrático: ellas circunscriben su escenario, donde todo se representa, el escenario del debate donde pueden afrontarse los diferentes puntos de vista sobre el bien común con el fin de producir un consenso sobre el programa de gobierno.

1. El modelo comunicativo y sus enemigos

La identificación demasiado rápida de la práctica democrática con el procedimentalismo institucional ha sido criticado en profundidad por A. Touraine.¹⁰ Este autor reprocha esencialmente a esta visión de la democracia el ocultar el rol reduccionista y uniformizante de las instituciones en relación a los sujetos.¹¹ La comunicación no es solamente un medio que garantiza, como en Hegel, el paso de

9. Cf. Ph. Lauvaux, *Les grandes démocraties contemporaines*, P.U.F., París, 1990.

10. A. Touraine, *Critique de la modernité*, Fayard, París 1992.

11. Cf. *ibid.*, pp. 389 - 390: "En realidad, existe un desfase entre el sistema y los actores, pues el sistema también tiene como finalidad su propia potencia y los actores buscan su autonomía individual de cualquier tipo que sea. Esto impide aceptar la imagen de la sociedad presentada por Habermas, la de un permanente movimiento de lo particular hacia lo universal, movimiento en que la vida política desempeña la función de una **Bildung** que eleva a los individuos por encima de sí mismos. A esta imagen que reduce la comunicación a escuchar atentamente al otro, a la deliberación preocupada ante todo por el bien común, hay que oponer lo que se interpone entre las conciencias, el flujo de informaciones, lenguajes y representaciones, controlado por poderes, al igual que el flujo de dinero y de decisión".

la singularidad ética a la universalidad del Estado de derecho.¹² También es una pantalla que deforma la imagen que los individuos tienen de sí mismos y que desvía el sentido original de las reivindicaciones locales para verterlas en políticas globales a menudo inapropiadas. Como lo ha señalado M. Freitag¹³ el sujeto sólo excepcionalmente se hace presente hoy en relación a los macroprogramas institucionales, y la reacción de las instancias de poder es más bien la de ejercer presiones que buscan la homogeneidad con vistas a mejorar la gestión global. El orden comunicativo impone figuras-tipo de ciudadanos medios y reduce la afirmación original del sujeto a no ser más que una tendencia marginal. En esta lógica el sujeto reprimido y marginalizado no llega a convertirse en actor social. Los nuevos movimientos sociales de los cuales hablan los sociólogos del Norte sean estos movimientos ecologistas o religiosos permanecen siendo fenómenos periféricos en relación a una sociedad dominada por el repliegue sobre sí.¹⁴ Es entonces el individuo el que prevalece en lugar del sujeto, el individuo cuyo poder no toma tregua para poner al frente sus derechos y así neutralizar en él todo deseo de proyecto que conlleve la idea de un deber, y, por tanto, de una movilización social para la acción.¹⁵

Filósofo neoliberal y ecologista, Philippe Van Parijs piensa incluso que sería legítimo el que un Estado democrático ayude a

12. *Ibid*, p. 390.

13. Cf. M. Freitag, "La crise des sciences sociales, Entre épistémologie et idéologie, la place de la question de la normativité dans le développement de la connaissance de la société", en *Société*, 1 (1987), p. 77 a 122, p. 110: "Los sujetos ya no están situados frente a un mundo objetivo, natural, social e histórico; más bien es el sistema puramente positivo el que descubre frente a sí, en todos los intersticios de imprevisibilidad que multiplica la complejificación de su funcionamiento, la pura exterioridad de los sujetos que la habitan pero de los cuales habría idealmente que reducir su autonomía al estado de ser una simple "energía" necesaria para su funcionamiento, calculable en su cantidad y previsible en su calidad (o sea, en la orientación de su despliegue)".

14. Cf. Lipovetsky, *Le crépuscule du devoir, L'éthique indolore des nouveaux temps démocratiques*, Gallimard, París, 1992, pp. 49-51 y 158-161.

15. Cf. *ibid*, pp. 202-207.

movimientos reivindicativos sobre la calidad de la vida para que se organicen con el fin de salvaguardar, frente a la atomización y el individualismo de las sociedades tecnológicas avanzadas, un mínimo de debate sobre la vida buena, con tal que dicho debate resulte necesario para estimular la búsqueda de consenso sobre las normas de la justicia social.¹⁶ De manera inversa a la de los autores comunitaristas, que ellos juzgan alarmistas y reaccionarios,¹⁷ y sobre todo preocupados con reencontrar una sociedad fundada sobre el microcosmos familiar, los neoliberales discípulos de John Rawls estiman que el orden social justo reposa sobre una redistribución de las riquezas que permita la ampliación de las esferas autónomas que lo constituyen.¹⁸ Lo esencial para estos autores es evitar una concepción liberal de la democracia fundada sobre la propiedad privada, una especie de derecho natural anterior al contrato social, que prohíbe por principio ciertos modelos de redistribución y excluye de la discusión ciertos tipos de bienes. El derecho social está entonces siempre condicionado por una genealogía de la legitimidad que limita *a priori* el compartir de las riquezas. Una sociedad solidaria sería, al contrario, aquella que integrase todas las diferencias organizándolas de modo que se mejore la suerte de los más desposeídos.¹⁹ En esta perspectiva no únicamente es rechazado el propietarismo liberal sino también todas las teorías políticas de la revolución que aspiran dar a cada uno lo que le es

-
16. Cf. Ph. Van Parijs, *Qu'est-ce qu'une société juste?*, Seuil, París 1991, p. 272: "Es legítimo que se establezcan, lo más que se pueda, instituciones que animen el desarrollo de una cierta concepción "post-material" de la vida buena, en la medida en que la difusión de ésta condiciona la realizabilidad política de la exigencia de justicia en un mundo ecológicamente amenazado".
17. Cf. *Ibid*, pp. 268-273.
18. Cf. *Ibid*, p. 19.
19. Cf. *Ibid*, p. 179; J.P. Dupuy, *Ordres et désordres, Enquête sur un nouveau paradigme*, Seuil, París, 1990 (1a. ed. 1982), pp. 172-173.

debido, como si alguna vez fuera posible rehacer la historia sin que se escoja arbitrariamente un origen del cual derivaría la justicia.²⁰

Aunque opuesta a la democracia de los lobbies, en los cuales la justicia social solamente es tolerada por la propiedad privada,²¹ esta visión neoliberal de la democracia como sociedad solidaria deja en la sombra la cuestión de la institución del poder en la sociedad, cuestión ésta que las teorías comunicativas intentan resolver por medio de la noción de "formación discursiva de la voluntad general",²² pero esta vez sin preguntarse si este procedimiento de institución de las normas comunes no borra, más que garantizar, la participación de los sujetos en la construcción del orden social. Los esfuerzos para reconsiderar la manera en la cual la sociedad actúa sobre ella misma permiten ciertamente transformar la visión general de la vida social. Este es el caso en particular, como vimos, de las teorías de la auto-organización aplicadas al dominio de la política: uno aprehende, como un observador exterior, la sociedad en un movimiento permanente de autotranscendencia en donde la función decisiva es la de la creación de un orden provisorio a partir del desorden.²³ Desde ese momento la persona se encuentra en capacidad de admitir una cierta opacidad de la sociedad con respecto a ella misma en su movimiento de estructuración, de la misma manera que comprenderá gracias a este modelo que la sociedad no tiene el señorío sobre las significaciones que ella produce.²⁴ Se podrá incluso concebir que en la sociedad "la complejidad emergente es una cosa muy distinta a una finalidad impuesta desde el exterior y anterior a la organización: es una creación de ésta, de la cual nadie tiene el señorío, comenzando por el propio sistema auto-organi-

-
20. Si insistimos en plantear la cuestión en estos términos, es necesario entonces vislumbrar de modo abstracto un origen de la socialidad donde precisamente nadie posee todavía ningún débito e intente solamente proyectar un orden donde, sea cual sea su situación, él sería perjudicado lo menos posible.
21. Cf. *ibid.*, pp. 275-276.
22. Cf. J.-M. Ferry, *Habermas, l'éthique de la communication*, P.U.F., Paris, 1987, p. 368.
23. J.-P. Dupuy, *op.cit.*, p. 179.
24. Cf. *ibid.*, p. 182.

zador".²⁵ Resta entonces el ponerse a buscar salidas a la situación actual de desmovilización social y de repliegue sobre sí. El impasse contemporáneo no es sólo una cuestión de conceptos, como si estuviéramos bloqueados a causa de "pensamientos heredados".²⁶ Estos pensamientos recuerdan momentos anteriores de creación y muestran a **contrario** la impotencia actual de Occidente para inventar un nuevo orden social, incluso si éste exporta sus contradicciones a nivel del planeta. De esta manera cuesta ver en los países occidentales cómo ir más allá de las fórmulas de integración social por el trabajo, dado que la democracia se hunde en la figura paradójica de **élites que reinan sobre masas de desempleados**.²⁷

2. Espacio público y luchas sociales

El espacio público es la clave de la democracia moderna.²⁸ "La democracia es la creación, la institución, de la libertad política concebida como el lazo entre la libertad individual y la voluntad de vivir juntos, en una perspectiva universalista que permite que todos puedan acceder a ella".²⁹ Las instituciones tienen como su función primera garantizar la existencia y el mantenimiento del espacio

25. *Ibid*, p. 235.

26. Cf. *ibid*, p.177.

27. Cf. Cl. Julien, "Ces 'élites' qui règnent sur des masses de chômeurs", en *Le Monde diplomatique*, abril 1993. Ver también el dossier de la revista *Relations*: "Le travail: une institution qui s'écroule", 590 (1993), pp. 103-115.

28. Cf. J.-M. Ferry, *op. cit.*, t.2, p. 50: "La modernidad ha elaborado su sistema democrático a partir del concepto de autonomía ampliado a la colectividad. (...) Aquí la autonomía supone fundamentalmente que la sociedad es capaz de actuar sobre ella misma".

29. Cf. J. Berleur, *Fragiles démocraties?, Une question pour l'Université*, Apertura del año académico 1992-1993, Facultades Notre-Dame de la Paix, Namur, 15 de septiembre de 1992, p. 15-60, pp. 32-33. La nota 74 reenvía a una entrevista con Claude Lefort, "La Communication démocratique", en *Esprit*, No. 9-10, Sept-oct 1979, pp. 34-44; lo mismo que a Janine Chêne, "Penser le Politique" (A propósito de los *Essais sur le Politique, XIXe-XXe siècles*, de Claude Lefort, Seuil, París, 1986), en: *Éthique et Philosophie Politique*, bajo la dirección de François Recanatani, Odile Jacob, París, 1988, pp. 133-150.

público.³⁰ Las mismas deben referirse también constantemente a este espacio público y reconducir a él, a fin de ser evaluadas en la coherencia de su política en relación al consenso social. En este espacio público es la argumentación³¹ la que prevalece, según un criterio primero de justicia, en la representación de todos,³² en particular de las minorías y de los más débiles. Según este criterio ninguna medida debería ser tomada sin que sean consideradas las críticas que podrían hacer valer todas las personas o los grupos concernidos por esta medida.³³ Hay que imaginarse, pues, la programación social en el seno del espacio democrático como una vasta discusión práctica donde todos los argumentos deben ser escuchados.³⁴ Desde ese momento se hace esencial llegar a un acuerdo sobre los procedimientos que van a reglamentar el debate para administrar el destino común.³⁵ La idea de orientar la toma de decisión con el fin de gestionar intereses comunes, como un buen padre de familia que administra su casa, por ejemplo, es típicamente la perspectiva moderna del poder, de la cual hablamos al comienzo de esta segunda parte, aquélla que Michel Foucault ha podido denominar la "gubernamentalidad".³⁶ Pero la idea de actuar sobre los procedimientos de decisión poniendo los criterios generales de equilibrio para respetar los diferentes grupos en la sociedad definió la lucha democrática que se desarrolló en interacción con la consolidación de las instituciones del Estado moderno. Es así que hemos

30. Cf. J.-M. Colombani, "Un entretien avec Blandine Kriegel", en *Le Monde*, 16 de Junio de 1992.
31. Cf. J.-M. Ferry, *Les puissances...*, op.cit., pp. 127-134.
32. Cf. *ibid*, t. 2, pp. 147-151.
33. Cf. J. Habermas, *Morale et communication*, op.cit., pp. 87 y 104.
34. *Ibid*, p. 137. Ver también J. Habermas, *De l'éthique de la discussion*, Cerf, París 1992, pp. 37-40.
35. *Ibid*., p. 125.
36. Cf. M. Foucault, "La gouvernementalité", en: *Magazine littéraire*, 269 (1989), pp. 96-103.

LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRATICAS EN OCCIDENTE

asistido progresivamente a una amplificación de la representación política en el Estado de derecho (sufragio universal, voto de las mujeres) y a una socialización del espacio público cuyo punto culminante fue alcanzado con el modelo keynesiano del Estado-providencia. La democracia es, pues, estrictamente hablando, el proceso de lucha que va acompañando el desarrollo de las instituciones del Estado de derecho buscando ampliar el acceso al espacio público de concertación y de decisión, con el fin de concretizar la universalidad de la representación instituida en principio por el Estado moderno de tipo republicano.

"La democracia no es tan sólo un conjunto de instituciones o un tipo de personalidad; ella es antes que todo una lucha contra el poder y contra el orden establecido (ya se trate del Príncipe, de la religión o del Estado) y en defensa de las minorías contra la mayoría. La democracia significa comprometerse en esas luchas y, al mismo tiempo, liberar un Sujeto que se niega a verse reducido a la condición de ciudadano o de trabajador, y que no se da por satisfecho con ser confundido con esa nube ideológica que es el concepto de Humanidad. (...) La democracia no es el triunfo del pueblo; es la subordinación del mundo de las obras, de las técnicas y de las instituciones a la capacidad creadora y transformadora de los individuos y de las colectividades".³⁷

La condición del mantenimiento de un proceso así en el Estado de derecho reside en la actividad de los grupos asociativos y de los movimientos de opinión en la sociedad, que intenta establecer una relación entre las expectativas del mundo vivido cotidianamente por los ciudadanos y las estructuras del orden social.³⁸

Frente a este desafío la cuestión decisiva sería, pues, la de saber con qué medios disponemos realmente para establecer la relación entre el mundo vivido y las estructuras de poder. Dicho de otro modo, ¿cuáles son las posibles vías de reconstrucción de un espacio democrático a la medida del planeta y de los problemas que plantea actualmente su sobrevivencia?

37. A. Touraine, *Critique de la modernité*, op.cit., p. 404.

38. Cf. J. Habermas, *Le discours philosophique de la modernité*, op.cit., pp. 428-430.

Nos encontramos hoy en día en un tiempo de grandes declaraciones de principios. Se intenta legislar sobre asuntos tan novedosos como el patrimonio genético³⁹ o la preservación de las especies, la famosa biodiversidad.⁴⁰ Buscamos fórmulas para establecer un verdadero "contrato natural" en el fundamento del desarrollo de los pueblos. Hay que impregnarse de este espíritu nuevo,⁴¹ entrar en otra relación con la tierra y con la vida en general, reconsiderar el cuerpo humano más allá de la revolución sexual como lugar significativo de una "personalidad cósmica en expansión".⁴² Más que nunca el ser humano busca reconciliarse con la materia y descubre que él debe recibir también su medida de las cosas que lo rodean, del mundo que no es sólo suyo, sino que es el mundo viviente a partir del cual lo humano toma carne.⁴³

-
39. Cf. los proyectos de ley sobre la bioética en Francia, presentados el 25 de marzo de 1992. Ver los dossiers de *Liberation* del 18 de diciembre de 1991 y del 9 de marzo de 1992. Pensamos también en la ley sobre los organismos genéticamente modificados del 25 de mayo de 1992, que ha suscitado fuertes reacciones en el medio investigativo (*Le Monde*, 16 y 17 de junio de 1992). Para clarificar el problema, cf. M. Moulin, *Contrôler la science?, La question des comités d'éthique*, De Boeck, Bruselas, 1990; G. Bourgeault, *L'éthique et le droit face aux nouvelles technologies biomédicales*, De Boeck, Bruselas, 1990.
40. Cf. los artículos de D. Hautin-Guirant y A. Rollat, en *Le Monde* del 14 y 16 de junio de 1992. En un texto firmado el 3 de junio de 1992, en Heidelberg, los científicos han intentado oponerse a lo que han llamado el "ecologismo irracional" de Rio de Janeiro. R. Cans ha puesto en evidencia, en *Le Monde* del 19 de junio de 1992, las relaciones existentes entre el instigador de esta iniciativa y la industria farmacéutica. Pero podemos clarificar de modo más fundamental esta reacción refiriéndonos a la obra de D. Duclos, *La peur et le savoir, la société face à la science, la technique et leurs dangers*, La Découverte, Paris, 1989.
41. Cf. M. Serres, *Le contrat naturel*, François Buron, Paris, 1990, p. 60. Ver también A. Jacquard, *Voici le temps du monde fini*, Seuil, Paris, 1991; Fr. de Roose et Ph. Van Parijs (dir), *La pensée écologiste*, De Boeck, Bruselas, 1991. En teología, J. Moltmann, *Gott in der Schöpfung, ökologische Schöpfungslehre*, Chr. Kaiser, München, 1985.
42. La expresión es de G. Gusdorf, *L'homme romantique*, Payot, Paris, 1994, p. 100.
43. En relación a la noción de *Leiblichkeit*, la fenomenología, tanto la de Husserl como la de Merleau-Ponty, nos da una valiosa contribución. Ver, por ejemplo, M. Maesschalck, "Essai sur le développement historique de la voie phénoménologique", en *Revue Philosophique de Louvain*, 89 (1991), pp. 185-210.

LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRATICAS EN OCCIDENTE

A este espíritu nuevo, que busca expresarse en una legislación, corresponde también un cuerpo nuevo que se expresa en diversas institucionalidades. Instancias internacionales intentan jugar un nuevo rol, un rol particularmente ético, que se concretiza en grandes programas. No estamos pensando sólo en la O.N.U. y en su programa para el desarrollo (P.N.U.D.), sino también en el Banco Mundial, en la O.M.S., en la Unicef, en la C.E.E. Estos grandes programas, apoyados por iniciativas privadas, vienen a ser un paliativo frente a la falta de iniciativa política nacional sobre asuntos tan cruciales como la educación o la transferencia de tecnologías. Una relación privilegiada se desarrolla entre el nivel supranacional y el nivel local, prefiguración de la verdadera reorganización política que está en marcha actualmente. También aquí se hace necesario impregnarse de esta nueva visión pero intentando apropiarse de estas nuevas áreas prioritarias de acción a nivel local, controlando pues la inserción real de estos megaproyectos en las regiones. Hoy en día no es inconcebible que se puedan vislumbrar proyectos de desarrollo en las regiones desheredadas de la Europa occidental apoyadas por la C.E.E. Una nueva práctica de cooperación social aparece. Esta será monopolizada a corto plazo por las antiguas instancias de regulación social, pero un espacio ha sido abierto para otro tipo de acción social basado en iniciativas regionales inscritas en las estrategias globales de redinamización.

Una enorme distancia separa, sin embargo, nuestra realidad cotidiana de los megaproyectos de las instituciones supranacionales, y parece difícil implicarse en la realización de una "democracia a distancia" dado lo tanto que las estructuras de una regulación planetaria aparecen reservadas a los tecnócratas y a los especialistas. Sin embargo, ni éstos pueden ganar su legitimidad a fuerza de proyectos o de subsidios ni tampoco, por cierto, pueden crear de pies a cabeza el tejido de solidaridad y de respeto necesarios para todo logro social!⁴⁴ Las crisis del poder político y económico se

44. Cf. J. Habermas, *Le discours philosophique de la modernité*, op.cit., pp. 428-429.

traducen cada vez más, en nuestros días, en crisis de legitimidad:⁴⁵ frente a tal o tal situación, ¿quién puede pretender estar autorizado a actuar? La O.N.U. está buscando legitimidad, la Comunidad Europea también, ¿y qué decir de la Organización de Estados Americanos, o de la de los Estados africanos? Las grandes instancias reguladoras tienen necesidad de un cierto volver a recobrar legitimidad delante de las voluntades colectivas concernidas.

3. La crisis de los actores democráticos

Actualmente, las instancias políticas en los países occidentales parecen más bien realidades lejanas, o sea, ajenas en relación a los ciudadanos.⁴⁶ Uno ya no se reconoce en los grandes actores de lo político y aquellos que querrían ver renacer una política-espectáculo no tienen sin duda en cuenta la lasitud engendrada por este modelo que relega el ciudadano a sus funciones económicas de productor y de consumidor.⁴⁷ Asistimos incluso a una desautorización de las formaciones políticas tradicionales, a las cuales se acusa de haber acaparado el poder y de haber neutralizado su función democrática. La representación política se ha reducido a una función de delegación, y hasta de procuración. Un signo de los tiempos es que las grandes utopías políticas brillan por su ausencia: los proyectos se limitan a la conservación. La tecnocracia, y puede que hasta la eurocracia, tiene su parte de responsabilidad en este estado de cosas, porque su lenguaje imperativo aparece con demasiada frecuencia hoy como una "producción imaginaria de las élites" que sirve

45. Cf. J. Habermas, *Raison et légitimité*, Payot, París, 1978.

46. Una razón fundamental de ello es, según Habermas, la pérdida de toda utopía ligada a una sociedad de pleno empleo, siendo así que el Estado-providencia no puede garantizar en última instancia un "derecho a la prosperidad", porque él mismo depende en sus estructuras del dinamismo autónomo de la esfera económica. Cf. J. Habermas, *Écrits politiques*, Cerf, París 1990, pp. 114-115; y, del mismo autor, *L'espace public*, Payot, París, 1978, pp. 242-243.

47. Cf., por ejemplo, L.-H. Groulx, *Où va le modèle suédois?, État-providence et protection sociale*, L'Harmattan/Les Presses de l'Université de Montréal, Paris/Montréal, 1990.

para apoyar el ejercicio del poder.⁴⁸ Bélgica no ha escapado a esta crítica de las democracias occidentales y tradicionales: las elecciones de 1992, allí, han reflejado este malestar político.⁴⁹ La disminución de compromiso social es inseparable de este malestar que mina nuestro modelo democrático.

El Norte está enfermo en sus ideales. El integrismo no es una realidad reservada a los Mollah y demás Ayatollahs del Medio-Oriente o del Africa del Norte. La corriente integrista se da incluso en Europa y en los Estados Unidos, y el fundamentalismo está más implantado todavía. El recrudecimiento de los movimientos nacionalistas, de tipo neo-nazi por ejemplo, es también significativo.⁵⁰ Las elecciones en Bélgica han revelado una Flandres frecuentadas más que nunca por sus antiguos demonios.⁵¹ Pero el éxito de Le Pen o el de las ligas lombardas en Italia no es menos preocupante.⁵² Frente a esto los partidos tradicionales más que contestar temporizan, intentando incluso cortejar a ese electorado mejor definido y más "fiable".⁵³ La democracia occidental está también en búsqueda de sí. Ella parece estar hoy día corta de inspiración si nos llevamos de la falta de alternancia efectiva de estos últimos diez años en Inglaterra, Estados Unidos, Francia o Alemania. Todos los pro-

48. Cf. G. Larochelle, "La technique et la 'virtù'", en *Relations*, 562 (1990), pp. 181-182. Ver G. Larochelle, *L'imaginaire technocratique*, Les Éd. du Boréal, Montréal, 1990.
49. Cf. Delfosse, "La UCL et la KUL analysent les comportements du corps électoral", en *Le Soir*, viernes 29 de mayo, sábado 30 de mayo y lunes 1 de junio, de 1992. Ver también *La Libre Belgique* del 27 y 30 de mayo, y del 2 de junio, 1992; además, Ph. Breways, V. Dahaut y A. Tolbiac, "L'extrême droite francophone face aux élections", en *Courrier hebdomadaire du CRISP*, 1350 (1992).
50. Cf. B. Orfali, *L'adhésion au front national*, Kimé, Paris, 1990.
51. Cf. Cl. Julien, "Montée des haines et des extrémismes, l'alibi perdu", en *Le Monde diplomatique*, diciembre 1991. Ver también Et. Balibar, *Les frontières de la démocratie*, La Découverte, Paris, 1992, pp. 79-95 y 169-190.
52. Cf. Fr. Vitrani, "L'Italie, Un État de 'souveraineté limitée'", en *Le Monde diplomatique*, diciembre 1990.
53. Cf. Ch. de Brie, "Droites, Extrême droite, Les voies de la Convergence", en *Le Monde diplomatique*, abril, 1986.

gramas se parecen: se habla de saneamiento presupuestario, de competitividad internacional, y de ajustamiento al mercado mundial, de paz y de responsabilidad social, e incluso de seguridad y de civismo. El ciudadano es exaltado en sus derechos individuales pero el actor social es dejado de lado junto con sus reivindicaciones de formación profesional, de seguridad social y de garantía de empleo ¿No anuncia acaso el último reporte anual de la O.C.D.E. sobre las "Perspectivas del empleo" que para 1992 existirán cerca de 30 millones de desempleados en los países de la O.C.D.E.?⁵⁴ Todos estos programas no abordan entonces los grandes desafíos de la sociedad actual: una dualización cada vez más afirmada a nivel de las regiones y de las grandes zonas suburbanas;⁵⁵ una tercermundización de numerosas economías locales; una violencia social creciente junto a un incremento de la intolerancia; un regreso del analfabetismo en estratos importantes de la población; una exclusión social cada vez más grande a la hora de la llegada de la sociedad comunicativa, y la pérdida de toda sensibilidad política.⁵⁶

4. Exportar el malestar democrático occidental y gobernar el mundo

Y sin embargo, ¿no es acaso este modelo el que se esfuerza uno en exportar e imponer más que nunca sin haber sondeado suficientemente las terribles ambigüedades que presenta? Hay que arriesgarse incluso a preguntarse, en este caso, si el modelo democrático no es un pretexto para imponer un orden internacional

54. En: *Le Monde*, 23 de julio de 1992.

55. Cf. A. Lipietz, "Le national et le régional face à la crise mondiale du capital", en *La Dynamique spatiale de l'économie contemporaine*, L'Espace européen, La Garenne-Colombe, 1990; D. Leborgne y A. Lipietz, "L'après-fordisme: idées fausses et questions ouvertes", en *Problèmes économiques*, 260 (1992), pp. 13-24.

56. Ver también: "Estas desigualdades que socavan la democracia", en *Le Monde diplomatique*, "Les revenus" (julio 1988), "La justice" (agosto 1988), "Pour payer moins d'impôt, enrichissez-vous" (septiembre 1988), "Logement et politique urbaine" (octubre 1988).

contrario al principio mismo de la autodeterminación colectiva que está a la base de toda democracia formal o real. Las marchas forzadas hacia la democracia "lista para llevar" se suscribirían desde entonces a esta lógica del orden nuevo que aspira a preservar los intereses y el nivel de vida de los países favorecidos.

La década de los 80 acabó en una era de desconstrucción: caída del muro de Berlín, descomposición acelerada del imperio soviético, la crisis china y el viraje nicaragüense. Entonces fijábamos grandes encuentros para el último decenio del siglo veinte: la Europa monetaria del "93", la Ronda de Uruguay, el Quinto Centenario de la llegada de los europeos a América Latina, la cumbre de la francofonía, Lomé IV, la gran misión de la O.N.U. en Camboya. Pero el decenio ha comenzado de forma inopinada con una guerra insólita que firmaba con sangre el final del inmovilismo geopolítico resultante de la guerra fría. El nuevo orden internacional se afirmaba brutal y rápidamente. Para numerosas potencias regionales del Sur la advertencia era clara. Los valores que habían madurado en la década anterior pasaron a ser operacionales: defensa del patrimonio energético, ecológico y humano. Fueron puestas en el banquillo de los acusados las megápolis del Sur, destructoras de la capa de ozono y puntos de máxima prioridad: del SIDA y los regímenes antidemocráticos de esa misma región, con sus aspiraciones expansionistas y sus inclinaciones incurables hacia la corrupción y el autoritarismo. El nuevo orden mundial se pone objetivos precisos delante de esta situación alarmante. El Norte tiene que asumir un rol de liderazgo en materia de tecnología y de economía, pero igualmente en materia de cultura y de responsabilidad con respecto al destino común. En cuanto al Este, su margen de maniobra es tan claro como restringido: intentar alinearse con el grupo que va a la cabeza presentándose como un compañero valioso y como un alumno disciplinado. La compra por parte de Occidente del programa espacial soviético y la unificación de la industria militar europea son índices significativos de este nuevo tipo de liderazgo. El Norte se alista para gobernar el mundo y no sólo para comandarlo. En tanto que padre de familia debe administrar el patrimonio común, dar disciplina a los niños y garantizar su crecimiento. La nueva concien-

cia planetaria permite este salto cualitativo en el liderazgo occidental.

Queda por saber si se trata de un liderazgo o de una imposición. Sin duda tiene un poco de ambas cosas, dirían los más perspicaces. Es un liderazgo de facto, y por tanto una imposición, pues no hay en este sentido un destino común sino una orientación impuesta por intereses particulares y minoritarios gracias a la fuerza, bajo todas sus diversas formas: militar, económica y cultural. Esos que se jactan de tener realismo continúan afirmando sin embargo que no hay otro camino viable para el desarrollo del planeta. Las palancas de empuje están en occidente: la cuestión se situaría en la redistribución de los intereses del crecimiento, e incluso quizás en la desaparición de la deuda del Tercer Mundo por un verdadero repunte económico bajo control. Sin embargo una pregunta podría ser planteada en relación a la pertinencia del liderazgo occidental y al aval que se le daría. El Norte continúa despilfarrando alegremente los recursos del planeta, para, según ellos, salvaguardar un nivel de vida decente. Propone su revolución verde como un modelo,⁵⁷ que de hecho es contradictorio en la práctica.⁵⁸ En lugar de cambiar sus hábitos de producción y de consumo, el Norte los ha conservado aunque cambiando sus zonas de aprovisionamiento. Se intenta controlar la deforestación del gran Norte canadiense, pero eliminando indiscriminadamente los bosques de la India y del Brasil.⁵⁹ La imposición de las grandes culturas de exportación ha empobrecido los suelos y las poblaciones en numerosos países rompiendo así las condiciones primarias de la autosubsistencia. Y en cuanto a los desechos tóxicos, éste es un asunto tabú. Será calculado el número

57. Cf., por ejemplo, J. Chirac, "Le devoir de l'humanité", en: **Le Monde**, 19 de junio de 1992.

58. Cf. G. Gallopin, "Rapport écologique sur notre planète", en: **Relations**, 564 (1990), pp. 247-250.

59. Cf. W. Fernandes, "Rien de bon pour nous", en: **Relations**, 570 (1991), pp. 108-110; M. Lemoine, "Conflits de la terre en Amazonie, Le Brésil des hommes marqués pour mourir", en: **Le Monde diplomatique**, diciembre 1990.

de sitios contaminados en Moscú, pero no se realizarán búsquedas de los vertederos occidentales existentes en Africa y en América Latina. Incluso a nivel de la producción, el Norte tiende a exportar las tecnologías peligrosas para no quedarse más que con las más inocuas.⁶⁰ Hay que reconocer, en este sentido, que el liderazgo del Norte es destructivo y que continúa con la práctica metropolitana de expoliación y de destrucción. Es más, su capitalismo financiero no ofrece ninguna garantía de estabilidad a las economías frágiles: los polos de decisión transnacionales⁶¹ arrancan incluso cualquier sentido de responsabilidad en la gestión de los "mega-conjuntos", porque los flujos de capitales parecen desligados de las realidades económicas y políticas que ellos atraviesan.⁶² ¿No ha llegado ya la hora de la reubicación de las inversiones productivas?

En cuanto al proyecto como tal y a sus grandes principios, podría formularse así: el Norte defensor de la democracia, único muro de detención contra los integrismos y los mesianismos, soporte de articulación, por tanto, de una ética planetaria apoyada por una religión sometida a los imperativos de una sociedad profana y por una información omnipresente, garantía de vigilancia y de fidelidad.

-
60. Cf. G. Huel, D. Mergler, R. Bowler, "Evidence of Adverse Reproductive Outcomes Among Women Microelectronic Workers", en **British Journal of Industrial Medicine**, 47 (1990), pp. 400-404; M. Mergler, "Derrière nos ordinateurs: la misère de la révolution technologique", en: **Les pratiques de l'évaluation sociale des technologies**, Conseil de la science et de la technologie, Quebec, 1991, pp. 147-151; C. Saint-Pierre y A. Cambrosio, "L'autre face de l'informatisation du travail", en: **Technologies de l'information et société**, vol. 2, No. 3 (1990), pp. 79-96.
61. Chr. De Brie, "Triomphale, fragile démocratie", en: **Le Monde diplomatique**, mayo, 1992.
62. Cf. C. Levinson, **L'inflation mondiale et les firmes multinationales**, Seuil, París, 1974; J.K. Galbraith, **Brève histoire de l'euphorie financière**, Seuil, París, 1992; D. Clerc, "La rançon de l'euphorie financière", en: **Le Monde diplomatique**, enero 1992.

5. Valores de "resistencia"

Sin embargo, una cierta fe en los valores democráticos ha logrado imponerse. Los medios de comunicación social han contribuido de forma positiva a la formación de una conciencia internacional, de modo que hoy en día nada de lo que acontece en diferentes puntos del mundo y a pueblos oprimidos o a minorías burladas nos deja indiferentes. Creemos hoy que la violencia es mala consejera y que es necesario privilegiar las decisiones pacíficas. Sin embargo, también se cree que sería necesaria una fuerza de intervención internacional para poner fin a todas las clases de abusos que desfiguran a la humanidad y que hacen retroceder los esfuerzos en vías a un desarrollo integrado de todos. Creemos incluso que todo pueblo tiene el derecho de elegir sus representantes y de establecer sanciones a su gestión de poder. Finalmente, también se cree que la riqueza no puede ser acumulada sin más en las manos de una minoría mientras dos terceras partes del planeta se mueren de hambre. Se hace necesaria más justicia en las relaciones internacionales, por ejemplo imponiendo medidas de redistribución coaccionantes y reduciendo la deuda del tercer mundo.

Particularmente los jóvenes siguen siendo portadores de valores innovadores y no han abandonado un ideal político elevado y exigente, como lo muestra una amplia encuesta del European Value Systems Study Group (EVSSG) realizada en 1991.⁶³ En estos jóvenes de Europa, actualmente, las aspiraciones fundamentales se expresan por la búsqueda de un equilibrio entre felicidad y libertad, a tal punto que ninguna felicidad podría ser recibida si no garantizara también una afirmación de la libertad.⁶⁴ De aquí que se dé una atención particular al medio ambiente humano de crecimiento social,

63. Cf. J. Kerkhofs, "L'Europe à une nouvelle croisée des chemins, Vers une autre échelle des valeurs?", en *Lumen Vitae*, 47 (1992), pp. 15-24.

64. *Ibid.*, p. 17.

tal como la familia, la pareja, la amistad, la salud y los entretenimientos,⁶⁵ lo mismo que un apoyo masivo a los movimientos de liberación y de defensa de los derechos humanos que se dan entre ellos y por todo el mundo.⁶⁶ En Bélgica se estima también que "cerca de un tercio del electorado ecológico tiene menos de 25 años",⁶⁷ lo cual los liga, según los estudios ideológicos, a opciones de izquierda marcadas por un discurso anticapitalista, pero también marcadas por la atención a los valores llamados pos-materialistas y, por tanto, marcadas por un discurso libertario, según las categorías anglosajonas.⁶⁸ ¿Cómo desarrollar a partir de entonces una acción coherente con tales valores?

6. Instituir nuestros itinerarios cotidianos dentro de los proyectos comunes globalizados

El compromiso político por la democracia es ciertamente de acrecida complejidad en este espacio mundializado. Pero quedan para todo actor un cierto número de claves esenciales que permiten traducir los deseos y las aspiraciones en reivindicaciones y en un proyecto de transformación social. En el umbral de toda argumentación, y como una condición *sine qua non*, quedan las condiciones de acceso al saber: el conocimiento y el análisis crítico de los múltiples factores de la vida en sociedad y de la regulación de su destino. Es gracias a este saber que una aspiración local puede ser elaborada en tanto que reivindicación estructural y proponer modificaciones de las condiciones de la vida en común. La defensa del acceso al saber permanece siendo la primera apuesta (enjeu) de toda lucha por la emancipación, el punto de partida de una interrup-

65. *Ibid.*, p. 16.

66. *Ibid.*, p. 18.

67. Cf. Ph. Mahoux y J. Moden, "Le mouvement Écolo", en: *Courrier hebdomadaire du CRISP*, No. 1045-1046 (22 de junio de 1984), p. 31.

68. Cf. St. Hellemans y H. Kitschelt, "Agalev en Ecolo als links-libertaire partijen, Of partijpolitieke vertaling van een nieuwe breuklijn", en: *Res Publica*, 1990, pp. 81-94. Para una definición del término "libertario", ver Ph. Van Parijs, *Qu'est-ce qu'une société juste?*, Seuil, París, 1991, p. 125.

ción de las formas de dominación⁶⁹ que se inscriben en los aparatos de poder y que deben ser extirpadas a cualquier precio.

Este acceso al saber no conduciría más que a un grito, o sea, a una protesta desbocada, si no fuera apoyado por una vida asociativa intensa capaz de asimilar la necesidad de cambio y de transformarla en propuesta colectiva, en proyecto común. La vida asociativa constituye uno de los "pilares" de la acción política. Estos pilares pueden convertirse sin duda en verdaderos contra-poderes en la sociedad, pero ellos son necesarios para enraizar el trabajo de los actores políticos en los movimientos sociales capaces de delegar realmente o de dar órdenes a sus representantes en la instauración de un consenso social. Una política sin pilares se convertiría rápidamente en una política autocrática sin otro modo de concertación que no fuera el del test electoral. Sin embargo, si los pilares carecen de una vida asociativa intensa pueden bloquear de igual forma la relación democrática entre el poder y las reivindicaciones del mundo vivido, intentando orientar las soluciones sin una concertación previa, o sea, buscando movilizar la cosa en base a objetivos que garanticen la conservación del poder. Absorvidos en esta dinámica los pilares dejan de ser mediadores de las reivindicaciones que salen de la cotidianidad y se convierten en aspirantes a una repartición del poder que rige al mundo vivido. En contraste con este tipo de bloqueo la vida asociativa intensa se caracteriza más bien por su diversidad, lo que supone de la misma manera una opción en favor de la diversificación de los pilares y contra una polarización de la vida social, e incluso contra una fragmentación en lobbies donde no interviene más que la regulación financiera.

La vida asociativa intensa reenvía también a contenidos, a experiencias vividas, a convicciones. Se trata de hecho del estatuto permanente de la investigación dentro de una cultura. Una cultura puede conocer zonas de repliegue, construyendo bastiones: se arriesga ella entonces a perder todo chance de ser fecunda para

69. Cf. A. Badiou, *Peut-on penser la politique?*, Seuil, París, 1985, p. 75.

otras sensibilidades, para otras visiones del mundo.⁷⁰ El arte es un punto sensible de este tipo de invención. Tanto en pintura como en música la creación nace de los intercambios; las múltiples influencias forman como crisoles donde resurgen, más allá del sincretismo, la originalidad y la novedad, al modo de los "territorios-guía" de Nyerere. La invención democrática depende, también ella, de una capacidad cultural de dejarse fecundar: el arte de gobernar se esclerosa y se fija en instituciones cada vez más cerradas, si es que no consigue dejarse transformar por las situaciones nuevas. Estos últimos años hemos asistido al fin de un imperio. Los factores de esta caída son múltiples, pero no podemos negligenciar su parámetro cultural. Lo que sucedió allí puede pasar en otras partes, cada vez que la cultura se repliega sobre sí misma y rechaza el riesgo de las sensibilidades nuevas:⁷¹ las que han dado a las mujeres un nuevo rol sociopolítico, las que buscan las condiciones de una verdadera sociedad pluriétnica, las que se cuestionan en relación a una ciudad de "niños admitidos", o las que quieren integrar en nuestros comportamientos el respeto por el mundo natural.

La deficiencia de los programas políticos tradicionales anuncia, pues, *nuevas energías políticas* que permitirán el retorno del mundo vivido al interior del espacio democrático.

7. Conclusión

La impotencia de los programas políticos tradicionales para definir los caminos de una renovación nos indica que ya se les pasó su tiempo a las fórmulas políticas basadas en las convicciones de la postguerra y en el antagonismo de los bloques Este-Oeste. El desafío de la democracia para los jóvenes está puesto en otra parte: en las fórmulas nacientes de una democracia futura, a la vez transnacional y local, procedimentalista en sus grandes declaracio-

70. Cf. C. Castoriadis, *Domaines de l'homme, Les carrefours du Labyrinthe II*, Seuil, París, 1986, pp. 233-237.

71. Cf. Et. Balibar, *Les frontières de la démocratie*, op.cit., pp. 264-266.

nes sobre los derechos humanos y sobre la cuestión de su aplicabilidad, pero también concreta en su voluntad de reintegrar lo cotidiano y sus problemas gracias a proyectos que apuntan hacia la calidad de vida y que buscan en primer lugar el transformar los efectos perversos del desarrollo social. Pensamos de esta manera el reconocer la legítima demanda que hace el contextualismo frente a las propuestas de tipo universalista. La instauración de las normas comunes de justicia y de desarrollo sostenible supone, en efecto, un camino de inscripción de los valores en las particularidades de las culturas, creación social ésta que no puede ahorrarse una reflexión sobre los procedimientos formales que hay que establecer para instaurar y preservar la fuerza de los principios. Paul Ricoeur ha creído necesario recientemente el recordar esta exigencia frente al crecimiento desmesurado de los discursos procedimentalistas sobre la democracia y el derecho internacional. La autodeterminación de cada cultura constituye la base irreductible de toda participación en una mundialidad auténtica.⁷²

Aunque el Estado-providencia se muere, la teoría de una autorregulación del mercado no es viable frente a la gravedad y a la diversidad de las cuestiones sociales. Más bien vamos evolucionando hacia una comunidad-providencia donde los organismos supranacionales reasumirán el rol regulador del Estado Keynesiano. Es a este nivel que hay que implicarse políticamente hoy para establecer grandes valores-guía en las comunidades internacionales, que están en búsqueda todavía de su identidad propia.

El compromiso a este nivel exige la formación de un nuevo estado de espíritu y el regreso a aquello que llamamos "lazo-convicción", o sea, la elaboración de las reivindicaciones surgidas de los itinerarios cotidianos: el despertar del usuario que atraviesa los espacios cuya disposición puede dejar mucho que desear, e incluso llegar a frustrar o a perturbar. Hay que asociar, pues, los diversos lugares de la cotidianidad: la escuela y la casa, el trabajo y el centro

72. Cf. P. Ricoeur, *Soi-même comme un autre*, Seuil, Paris 1990, pp. 325-336.

LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRATICAS EN OCCIDENTE

deportivo, la ciudad, la carretera y los espacios verdes. Integrando estos espacios y religándolos en el trayecto cotidiano reconstituiremos el mundo común, su funcionalidad y su encanto, y aprehendaremos directamente la nota dominante de nuestro horizonte de cada día: el ritmo imperativo de la producción o un trabajo integrado, apropiado, en un medio ambiente respetado y que sea fuente de deleite.

Este simple ejercicio comenzará a resituarnos en la posición de actor político a partir de la cotidianidad. La ocasión se presenta entonces para actuar en relación a la administración del mundo vivido. Sea para una región, o para una zona urbana, o para un barrio, hay que exigir un proyecto. Este no se limita al desarrollo económico: reducción de las tasas de desempleo, mejoramiento de la infraestructura, acondicionamiento del territorio, etc. Se trata más bien de concebir el futuro de la región o de la zona a título de un proyecto común, en tanto que polo atrayente para los otros dada su calidad de vida. A partir de ese momento hay que identificar las oportunidades principales que nos brindan los espacios que atravesamos y vivimos, buscando sus recursos, el hacer explícitos su patrimonio y sus tradiciones. Es el alma de una región la que puede alcanzar hoy en día un proyecto, ese tejido humano que la constituye previamente a todas las infraestructuras y a todas las superestructuras. Además, la región no va a sobrevivir a menos que se inscriba en un contexto transnacional, creando las solidaridades y las sinergias de región en región, en una óptica de "mundialidad".⁷³ Lejos de encerrarse en un regionalismo, estas políticas más locales deberían constituir una nueva manera de abordar los asuntos del desarrollo global durable, del "sustainable development". Hay que rechazar hoy en día cualquier proyecto local que no se inscriba en una perspectiva de apertura, incluso mundial, estableciendo las implicaciones económicas y políticas de la región en la solidaridad internacional.

73. St. Breton habla del espacio-mundo en el que se debe ubicar y ejercer la decisión política cotidiana (**Esquisses du politique**, Messidor, París, 1991, pp. 157, 159 y 160).

Lo que está en juego en tal práctica política es el despertar de la comunidad social en sus espacios de inserción, en su hábitat. Toda una nueva manera de actuar en política aparece a este nivel. La Europa de las regiones puede significar la Europa de todos los regionalismos, y puede conllevar también una fragmentación política y económica bajo la forma atenuada de una federación de regiones. Pero la Europa de las regiones puede convertirse también en el pedestal cultural de una verdadera construcción política supranacional, capaz de superar el viejo mito occidental del Estado-nación que legitimó la construcción de los mercados metropolitanos del colonialismo y, más tarde, del imperialismo.

Si el desafío del nuevo orden occidental es la reconstitución de una auténtica ciudadanía capaz de poner en cuestionamiento la legitimidad de la gestión tecnocrática, podemos pensar entonces que de parte de los países que están bajo la tutela de este nuevo orden, el desafío no es a fin de cuentas diferente, incluso si los medios para hacerlo efectivo son bien diferentes. En efecto, la estrategia del nuevo orden mundial consiste en homogeneizar la gestión de lo político imponiendo el modelo institucional occidental de modernización de las relaciones sociales.⁷⁴ Se trata fundamentalmente de canalizar los movimientos sociales dentro del rol subalterno de delegación de representantes para debatir un consenso entre los diferentes intereses que dividen la sociedad civil. Para instaurar este espacio de debate hay que establecer procedimientos de delegación del poder gracias a un juego electoral artificial, es decir, independientemente de la constitución de un poder popular capaz de exigir la reforma institucional del Estado. La población está embarcada de este modo en procesos de institucionalización del consenso social sin haber podido constituirse en fuerzas políticas diversas. Esta estrategia ha conducido lo mismo a situaciones tan ambiguas como las de Perú y de Guatemala (donde asistimos a una especie de Lock-out presidencial), como a las situaciones del "golpe

74. Cf. A. Touraine, *Critique de la modernité*, op.cit., pp. 41-42.

de Estado parlamentar" de Venezuela y del Brasil. Para completar el cuadro formal será necesario, claro está, añadir los procesos de normalización que permiten la legitimación política de la extrema derecha, como en Nicaragua o en El Salvador. El punto en común entre estas figuras de democratizaciones artificiales es el control del bloque occidental, y, en particular, de los Estados Unidos, sobre la evolución política de estos países donde la iniciativa de los sectores populares es neutralizada sistemáticamente por los procedimientos dirigidos a desplazar la lucha política del terreno de las reivindicaciones sociales hacia el terreno de la legalidad y del orden jurídico. Separando de esta forma derecho y justicia social (o confundiéndonos) se prepara de antemano el terreno para las medidas de ajuste estructural del orden económico mundial, que aparecen a partir de ese momento como decisiones técnicas ligadas a la gestión corriente de los asuntos sociales, sin contradecir en lo más mínimo las exigencias del derecho de los pobres. Marginalizados en tanto que actores sociales, las poblaciones no tienen ningún chance de incidir en la integración de su sociedad a los mercados globalizados que se establecen.⁷⁵

Los gobernantes de hoy han decidido ser el eco fiel de las exigencias de la regulación económica del desarrollo social.⁷⁶ Esta elección determina una forma de orden político cuya responsabilidad se desconecta del a largo plazo para empeñarse sólo en salvaguardar los equilibrios financieros. Ningún proyecto guía ya a

75. Cf. M. Lemoine, "Des démocraties minées par les illégalités", en *Le Monde diplomatique*, febrero 1993; además, A. Touraine, *op. cit.*, p. 398. También podrá verse la obra colectiva, *Quel avenir pour la démocratie en Amérique Latine?*, Presses du C.N.R.S., París, 1989.

76. Cf. Z. Laidi (dir.), *L'ordre mondial relâché, Sens et puissance après la guerre froide*, Presses de la F.N.S.P., París, 1993. Y el mismo autor escribe en el periódico *Liberation* del 9 de julio de 1993: "Los poderes de los Estados para hacer resistencia, por ejemplo, a agentes económicos y financieros más poderosos que ellos no resuelven nada. Ellos confirman simplemente el hecho de haber pasado de una situación en la cual daban sentido a las cosas en un contexto en el cual no son más que un simple actor entre otros, y para lo cual no tiene en el fondo ninguna interpretación original que proponer" (*Le G7 est nu*, p. 2).

este tipo de gobierno. La única preocupación es la de mantener a través de las fluctuaciones del mercado una cierta cohesión social. Es la sociedad con dos velocidades la que se mundializa con los planes de formación para las masas de desempleados del Norte, con la economía tutelada del Sur y del Este, así como con los proyectos de desarrollo para luchar contra la pobreza...

En la medida en que aquel campo político que permite la proyección de un destino común es abandonado, no queda ya espacio para los pueblos en el orden nuevo que se construye,⁷⁷ sean éstos del Sur, del Este o del Oeste. El desafío actual está nada más y nada menos en el renacimiento de una política fundada en la autodeterminación de los sectores populares, es decir, en una política que se nutre a partir de la resistencia colectiva de los sujetos frente a una sociedad integrada por los poderes financieros y políticos, una política de actores y no de expertos o de guardianes del orden económico. Puede ser que el punto de partida de este renacimiento se encuentre en la afirmación de otra concepción de la riqueza, aquella que privilegia la cultura⁷⁸ y la solidaridad frente a la anarquía de las lógicas de acumulación y de optimización.

"El modelo dominante de la modernización occidental reduce al mínimo la acción voluntaria orientada por valores culturales o por objetivos políticos y descarta así la idea de **desarrollo**, el cual descansa, por el contrario, en la interdependencia de las empresas económicas, los movimientos sociales y las intervenciones del poder político..."⁷⁹

-
77. Para el caso de los Estados Unidos, W. Greider, **Who will tell the People, The Betrayal of American Democracy**, Simon and Schuster, New York, 1992.
78. Cf. N. Rouland, "Le développement devrait-il tuer la culture?", en **Le Monde diplomatique**, junio 1993: "Los gobernantes lo repiten incansablemente, el desarrollo económico es la simiente de los derechos humanos. Los pueblos autóctonos han hecho, sin embargo, la experiencia contraria. Ciertos de ellos han podido beneficiarse de la explotación de la riqueza de sus territorios (...) Una minoría. En la mayoría de los casos éstos conforman la mano de obra proletarizada de un tipo de desarrollo que no han elegido. Pues el desarrollo puede engendrar situaciones contrarias a los derechos humanos; y puede llegar a darse sin que existan tales derechos (...). La cultura debe constituir el zócalo del desarrollo económico: únicamente con esta condición ella podrá provocar la germinación de los derechos humanos" (p. 16).
79. A. Touraine, **op.cit.**, p. 43.